

EL ANUNCIO ALEGRE DEL EVANGELIO EN PERSPECTIVA FEMINISTA

Hna. Marilú
Rojas Salazar, MSTL

Introducción

Escribir un artículo sobre la alegría no es tarea fácil en este momento histórico que estamos viviendo. La primera razón es que en el momento en que escribo el presente artículo, Israel ataca a Gaza en respuesta a los ataques Palestinos, con lo cual, se reinicia la guerra y el conflicto. La segunda razón que me hace complicada la tarea de escribir sobre la alegría, radica en la herencia de la espiritualidad cristiana, pues hemos heredado una tendencia somatofóbica y hedonofóbica,¹ es decir, le tenemos miedo al cuerpo y al placer. Y hablar de la alegría implica placer y cuerpo. La tercera razón es que tenemos una idea sobrevalorada y equivocada del sufrimiento, el dolor y la cruz, herencia por supuesto de una tendencia sado-masoquista de un cristianismo ultraconservador.

Sin embargo, intentaré superponerme a lo anteriormente ya dicho, para poder aportar algunas reflexiones sobre la alegría del evangelio en la Vida Religiosa, desde una perspectiva feminista.

1. Las razones de nuestras tristezas

Hay varias razones por las cuales estamos tristes, algunas pro-

vienen de la realidad social, política y económica que vivimos actualmente en América Latina, y otras, provienen del imaginario interno y real de la Vida Religiosa.

Algunas tristezas realmente profundas nos vienen del dolor de constatar el aumento del hambre, la violencia y la pobreza que cada vez se incrementa e instala en nuestros pueblos. Personalmente, soy testigo de la violencia contra las mujeres y los jóvenes que sufren los habitantes de uno de los países más violentos de América, México.

México es el país donde cada vez es más peligroso ser mujer. Nos encontramos con jóvenes profesionales, quienes han concluido una licenciatura o maestría, inclusive, y están en el comercio informal o como taxistas. No hay empleo digno y bien remunerado para las nuevas generaciones. Las y los jóvenes son atrapados y hasta forzados a participar en los grupos de violencia organizada y de narcotraficantes.

En México, como en otros de nuestros países latinoamericanos, ha comenzado a incrementarse seriamente la población de la tercera edad en situación de calle. El sistema de pensiones de hambre

ha obligado a nuestras ancianas y ancianos a trabajar hacia el final de su vida, cuando debieran estar descansando. Nos hemos convertido en una sociedad excluyente: de niños y mujeres en situación de calle, jóvenes desempleados y con hambre, mujeres y hombres que emigran forzosamente en la búsqueda de una 'mejor' vida, y ancianos-ancianas mendicantes. Por si esto fuera poco, constatamos la corrupción descarada de nuestras instituciones gubernamentales, políticas y hasta eclesiásticas.

Las tristezas que nos vienen del imaginario interno y real de la Vida Religiosa son: un ya prolongado proceso de involución en nuestras formas y modelos estructurales de vida. Un modelo de vida en algunos casos, más propio de la edad media, pero queriendo sobrevivir en medio de la post-modernidad. El acelerado envejecimiento de nuestros miembros, junto con sus correspondientes enfermedades. La ausencia de vocaciones y cerrazón de nuestras viejas estructuras de vida, las cuales se resisten a cambiar aunque tengan que morir.

A lo anterior hay que sumar los conflictos internos, personales y comunitarios que desembo-

can en personas resentidas, con cargas de culpabilidad, enojadas, con una profunda amargura y no menos tristeza. Personas más grises que brillantes. Personas más cumplidoras que profetas, personas más cómodas dentro de su sistema, que itinerantes y atrevidas. Más personas sin saber qué hacer y menos personas creativas y arriesgadas para experimentar algo nuevo. Personas con más miedo a que se acabe este modelo, y personas menos capaces de romperlo.

Extrañamos a los profetas y a las profetisas, a los grandes reformadores y reformadoras, a los mártires de nuestros tiempos, no como un anhelo del pasado, sino como una carencia del presente. Es cierto que ya no estamos felices con el modelo actual de Vida Religiosa que hoy tenemos, pues es un modelo viejo, quebrado, caduco e incapaz de contener el vino nuevo, y constatamos que por más remiendos y pegotes que le hacemos, ya no da para más. Personalmente pienso y creo que este modelo estructural de Vida Religiosa que tenemos debe colapsar y acabarse para que pueda surgir uno nuevo. Por ello propongo la siguiente reflexión.

2. El vestido nuevo (Lc 5,36)

“Les dijo también una parábola: «Nadie rompe un vestido nuevo para echar un remiendo a uno viejo; de otro modo, desgarraría el nuevo, y al viejo no le iría el remiendo del nuevo.”

El remiendo nuevo no le va al vestido viejo:

Jesús toma un ejemplo del mundo de las mujeres, pues se supone que son a ellas a quienes les gusta estrenar vestidos nuevos. Es cierto que nos da alegría y nos levanta el ánimo cuando usamos una ropa nueva, y a nadie, en su sano juicio se le ocurre cortar un pedazo al vestido nuevo para remendar uno viejo.

¿Por qué entonces seguimos haciéndole remiendos a nuestros modelos viejos en la Vida Religiosa?. Quitamos y ponemos cosas puramente externas, que si con hábito o sin él, que si ponemos esta ‘nueva ley’ u otra, si cambiamos el horario, si le llamamos a las superiores coordinadoras, pero con el mismo molde. Si aumentamos los ritos y los rezos, pues es a falta de ellos que pensamos estar en crisis. Lo cierto es que no

queremos tirar el ‘vestido viejo’. ¿Será que un nuevo no nos queda?

Pareciera que seguimos sacando de los baúles viejos, vestidos viejos y desteñidos, como si lo nuevo no nos gustara. Nos resistimos a cambiar y a cambiar de fondo. Esta resistencia y este miedo a cambiar nos causa una profunda tristeza y nos quita la alegría.

Cuando pienso en los ‘remendados’ me siento incómoda, pues creo que a nadie le gusta andar remendado o remendada. Los parches hacen ver que el vestido ha caducado por el uso, porque lo has lavado en exceso, porque ya no tiene color, porque en cualquier momento se romperá y porque además te hace ver desaliñada.

No rompamos el vestido nuevo:

Estamos rompiendo a las nuevas generaciones y a las hermanas y hermanos que no se amoldan a los viejos esquemas y les acusamos de ‘dividirnos’, de ser gente ‘rara’, de no ajustarse a la norma, de no ‘obedecer’, de ‘no saber hacer ‘comunidad’, es decir, de no hacer lo mismos que todas o todos hacemos, pues hacemos cosas juntas y juntos, y a eso le llamamos ‘comunidad’.

Encontrarse con gente muy lastimada porque no se ha dejado ‘domesticar’, porque no cabe en el molde, y terminan expulsados de los institutos de Vida Religiosa o si se quedan en ellos, se quedan con una gran amargura y resentimiento. Sumando las filas de los insatisfechos.

La otra cara de la moneda es encontrar también vocaciones jóvenes con altas tendencias a ser conservadoras y por supuesto, éstas y éstos se convierten en candidatos ideales para ser aceptados, pues reúnen el ‘perfil’. De la misma manera es el procedimiento para la elección de superiores/superioras y formadores/formadoras, se buscan personas que cubran un cierto ‘perfil’. Nada nuevo y terminamos impidiendo la entrada de aire nuevo, lamentándonos y preguntándonos ¿por qué será que no podemos cambiar? ¿Tiene futuro la Vida Religiosa?²

La Vida Religiosa está urgida de abrirse a otros modelos de vida, a transitar los caminos no transitados, a vivir estilos de vida extraños, raros, extravagantes, no convencionales, liminales y hasta chocantes, pero esos, los tenemos que inventar porque no están hechos. He de reconocer que ya

hay gente que se está atreviendo, sin embargo, no son la mayoría, sino la minoría.

No desgarrremos el vestido viejo: Los remiendos del patriarcado.

Al parecer lo nuevo no se lleva con lo viejo. Nuestras viejas formas chocan con las nuevas formas de vida que se quieren implantar y se producen los desgarrones, las heridas, los sufrimientos, los dolores silenciados e innecesarios en muchas hermanas que se resisten a cambiar.

El modelo que ha de terminarse es el modelo de la hermana gris, triste, amante de la obediencia ciega, abnegada, callada, sumisa y cumplidora de la ley, pero incapaz de amar. El modelo caduco es el de los viejos hábitos (vestidos y conductas), serviles colaboradoras del modelo patriarcal vigente: cocineras y lavanderas en los seminarios, casas de curas y de ‘hermanos religiosos’. Hermanas que colaboran con su propio patriarcado de consentimiento: no piden salarios justos y se vuelven colaboradoras incondicionales de los hombres, especialmente de los párrocos, quienes se aprovechan y las mantienen en situaciones serviles y como mano de obra

barata. El modelo que ha de terminarse es el de la religiosa como empleada doméstica, el de la religiosa subordinada a los hombres clérigos y jerarcas. Así como la eliminación de las competencias y deslealtades entre mujeres.

3. Las fuentes de nuestras alegrías y de nuestras esperanzas

Estas radican en la reconstrucción de un nuevo estilo y un nuevo paradigma de Vida Religiosa. Una Vida Religiosa que se convierta en un espacio de realización, de libertad y de autonomía para las mujeres. Nos causa alegría y esperanza estrenar un nuevo ‘vestido’, es decir, que las mujeres en la iglesia tengamos carta de ciudadanía y el reconocimiento de nuestros derechos en equidad con la de los varones. El derecho al liderazgo oficialmente reconocido, el acceso a los ministerios ordenados y, a ser reconocidas y tratadas con el mismo derecho y respeto que se otorga a un ministro ordenado hombre. El derecho a ser escuchadas antes de ser enjuiciadas o desprestigiadas por el simple hecho de ser mujeres.

Las fuentes de nuestras alegrías se fundamentan en el trato inclusivo que Jesús tuvo con las

mujeres, de tal manera que las incluyó en su grupo, en la comunidad democrática de iguales. Las mujeres en la Vida Religiosa soñamos con una iglesia que no nos excluya por atrevernos a pensar diferente, a ser diferentes o por atrevernos a plantear la reflexión teológica desde otras perspectivas, especialmente desde los postulados del feminismo.

Las mujeres de la Vida Religiosa anhelamos poder establecer pactos entre nosotras. No ser vistas como ‘sospechosas’ o más propensas al ‘error’ sólo por no pensar desde la lógica patriarcal tradicional o por no seguir manteniendo en nuestras reflexiones y relaciones la lógica del ‘dominio mundi’ o del ‘poder sobre’, propia de los sistemas jerárquicos patriarcales.

Dentro de nuestras esperanzas alegres permanece el anhelo de superar el lenguaje excluyente que rige nuestras liturgias, las celebraciones y las prédicas. Así como el derecho a elaborar una reflexión teológica y moral desde la experiencia de las mujeres latinoamericanas.

El culmen de nuestras alegrías en perspectiva evangélica será el día en que la jerarquía eclesiás-

tica y nuestras propias autoridades dejen de vernos a las mujeres como personas de segunda categoría, personas infantiles e incapaces de tomar nuestras propias decisiones, y dejen de seguir guiándonos como personas incapacitadas para ser adultas. Y, por nuestra parte, cuando las mujeres religiosas encontraremos la alegría en la recuperación de nuestra propia autoestima, en la capacidad de dar respuesta libre y responsable a la realidad, así como en conquistar la negociación del amor que nos conduce a la adultez en nuestra vida.

Finalmente, la alegría y la sonrisa volverán a nuestro corazón y a nuestra vida cuando recuperemos nuestro origen profético ante la realidad que nos demanda el mundo actual, y nos descentralicemos de nuestros espacios viciados y cerrados.

Notas:

- ¹ José María Castillo. *Espiritualidad para insatisfechos*. Madrid: Trotta, 2008. 41-74.
- ² José María Castillo. *El futuro de la Vida Religiosa*. Madrid: Trotta, 2003. 159-161.
- ³ Elisabeth, Schüssler Fiorenza. *Los caminos de la Sabiduría. Una introducción a la interpretación feminista de la Biblia*. Santander: Sal Terrae, 2004. 111-121.